

## **RETIRO EN CASA, mayo 2020**

“Ser puentes de esperanza”

Un retiro sirve para tocar el tiempo actual que está viviendo cada uno y también el tiempo que se está viviendo en la sociedad. Sirven para agradecer por todo lo que Dios ha hecho en la historia personal de cada uno, tomando incluso nuestra debilidad, nuestra fragilidad en favor nuestro, sacando “del mal un bien”, que es como actúa su misericordia, llevándonos siempre a una mayor plenitud de vida. Así se manifiesta su gloria.

Los retiros sirven para meditar y reflexionar en todo eso, en nuestra propia pequeñez y desvalimiento, algo así como un “gran examen de conciencia”, para pasar después a los propósitos de enmienda, a corregir lo equivocado, a volver a levantarse después del pecado, con la esperanza de volver a empezar, esta vez, de una mejor manera.

Por eso entonces, un retiro es una fuente de esperanza, porque necesariamente nos lleva a un cambio interior, que puede expresarse también en uno exterior.

De eso hablábamos en la semana santa, de buscar la esperanza abrazando nuestra cruz, la de todos los días, dejándonos crucificar en ella sin miedo, porque Jesús navega con nosotros la barca de nuestra vida. El dolor es lo que nos hace madurar, nos purifica, nos engrandece cuando lo vivimos con dignidad y no como mendigos de amor que inspiran lástima para llamar la atención. El dolor entonces puede convertirse en nuestra fuente de esperanza, porque puede sacar lo mejor de nosotros: humildad, constancia, confianza en que todo irá mejor, dependencia a Dios, solidaridad, empatía, bondad por los demás.

Con el Domingo de Pascua de Resurrección podemos seguir meditando que no sólo abrazando la cruz podemos conseguir la esperanza que anima nuestro caminar, sino que también abrazando la resurrección. Cada vez que constatamos nuestras metas logradas, nuestros sueños cumplidos y la fidelidad de Dios en ellos junto a nuestra perseverancia; cada vez que logramos nuestros propósitos, que ofrecemos la alegría de estar vivos, sanos, con trabajo y no lo damos como por algo evidente, nuestra vida se llena de esperanza. Por lo tanto, podemos decir también con propiedad “abrazar la resurrección es abrazar la esperanza”, siguiendo el título de nuestra reflexión de los días santos pasados.

Hoy nos enfrentamos a un tiempo extraño, difícil, nunca antes experimentado: la pandemia del coronavirus, una situación difícil que llegó para quedarse, al menos por un buen tiempo.

Cuántos planes deshechos, cuántos proyectos frustrados; cuánto miedo al contagio, cuánto temor a perder el trabajo, al desplome económico mundial, a la inestabilidad política y social en Chile. No hay certezas, no hay un mañana claro, no hay esperanza. Se habla de un “tiempo post optimista” el que estamos viviendo.

Interesante descubrir con todo esto que la esperanza es certeza y si lo tenemos claro, nada nos podrá derrumbar. Porque la esperanza de la que hablamos no es falsa ilusión, es certeza total, porque nuestra fe nos dice que estamos en las manos de Dios... eso es lo que hace la diferencia.

Por eso a no decaer en el cultivo de nuestra fe, porque es vital para seguir hablando de esperanza como certeza.

La esperanza que anhelamos y buscamos es aquella que no defrauda, que se levanta sobre una base: Jesucristo. Es como el cuento del niño que parte de vacaciones cada año con su familia al campo: no sabe el camino, porque siempre lo han llevado sus padres, pero sí sabe que después de subir un cerro, viene un valle y un camino largo de bajada que termina en su casa de campo. Ya cuando van subiendo ese último cerro su corazón empieza a latir más fuerte, porque sabe que la esperanza de sus vacaciones es una certeza... de esa esperanza estamos hablando... una esperanza que es y que a la vez no es, que está, pero todavía no, pero no por eso deja de ser cierta, deja de ser certeza.

¿Qué tenemos que hacer entonces para no perder esa esperanza? ¿Qué hacer para que no nos gane el miedo, la incertidumbre de los que estamos viviendo, la incomodidad de las cuarentenas, el miedo a un futuro incierto?

Meditemos estas dos estrofas del Via Crucis del Hacia el Padre, de la estación número 12. Jesús ya murió y el P Kantenich escribe sobre esta estación que es totalmente “la” estación de la “no esperanza”... y no lo hace en la comodidad de su escritorio: sabemos que lo escribió en su tiempo en Dachau, el lugar de la desesperanza, del infierno.

*“Los hombres que se aferran a sus bienes,  
a sus posiciones que fácilmente desplazan  
la verdadera imagen de Dios,  
ellos te clavan  
al madero del desamparo y la ignominia,  
el que con fuerza sacude y despierta las conciencias.*

*Mirar con amor tu cruz me sirva cada vez  
para no confiar más  
en el dinero y en los bienes materiales,  
y poder así con facilidad, entregarme totalmente  
a ti y a María Madre,  
con el corazón y el, pensamiento”.*

**¿Qué me sugiere esta oración? ¿Tengo puesta mi confianza en Dios, mi mente, mi pensamiento, mi corazón? ¿Creo que navega en mi barca, que está conmigo?**

La pandemia es un desafío a nuestra esperanza; pero también puede ser el primer paso a un cambio de vida, lo que nos ayude para cambiar lo que estábamos haciendo mal, para volver a poner el foco en las cosas importantes de la vida.

Este tiempo puede convertirse en un tiempo fascinante... se dice una y otra vez que ya no viviremos como antes...pero ¿qué significa en verdad esa afirmación? ¿Cómo se traduce?

Podemos interpretar esa frase desde la perspectiva de nuestras relaciones personales: no sólo se refiere a que tendremos que echarnos alcohol gel más seguido o que ya no podremos saludarnos de beso o de abrazo; va más allá, va hacia la conquista de un estilo nuevo de relacionarnos, más colaborativo, más de equipo y menos de competencia, más de compartir, más familiar y menos individualista. Ya no podemos seguir de espectadores en los balcones, contemplando cómo se nos pasa la vida y dejando a otros que hagan las cosas; tenemos que ser más protagonistas, más proactivos, más propositivos: dejar la crítica y dar paso a la reflexión y a las propuestas, que siempre tienen mejor acogida que las críticas, por muy constructivas que sean.

Tenemos que aprender también a ser más agradecidos, a no darlo todo por evidente. Tendremos que aprender a ser más confiados en la providencia de Dios, a creer más en Él y en lo que Él confía en nosotros a partir de los talentos que nos dio.

Tendremos que volver a lo genuino, a lo auténtico, a lo más propio nuestro, cambiar por ejemplo la forma en que celebrábamos los matrimonios, que llegaba a ser casi escandaloso, hasta nuestra manera de descansar o de disfrutar de la vida, sin ser “tontos graves” tampoco, pero con más conciencia social de la que teníamos antes.

Volvamos a la fuente de cada uno, a lo más testimonial, al amor que Dios nos tiene. Este tiene que ser un tiempo de conversión; un tiempo para contemplar también lo iguales que somos todos ante Dios; un tiempo de ver desafíos que tenemos por delante, de construir un mundo, una sociedad, una familia, cada uno un estilo de vida mejor.

Para qué seguir compitiendo entre nosotros, seamos fuente de esperanza y de sencillez, agradezcamos por lo que tenemos, por la riqueza de cada uno, por lo que somos, y aprovechemos de desintoxicarnos de tantas cosas que nos hacían mal antes de la pandemia. Dejémonos inspirar por el Espíritu Santo en ese sentido, no lo echemos al olvido y aprovechemos este retiro para rezarle.

¿Y qué tenemos que decir como Iglesia frente a todo esto?

El Papa Francisco desde que comenzó su pontificado habló de una Iglesia que tenía que ser una especie de “hospital de campaña”, por la realidad humana que se experimenta fragmentada, enferma, angustiada; habló también de las “periferias existenciales” y que teníamos que salir al encuentro de aquello; ser una “Iglesia en salida”.

Hoy los templos están vacíos y no sólo por efecto de la pandemia; tal vez nos ha faltado “encarnación de Jesucristo” en esa realidad de periferia, que a veces no nos gusta. Estar más cerca del hombre sufre, del que grita de dolor y está en un rumbo incierto, sin esperanza. Hacerlo de la manera que mejor podamos, con simpleza, sin complicarnos.

Tenemos que ser una nueva Iglesia, la Iglesia de la unidad, que integre y salga al encuentro; una Iglesia más inclusiva, que gane identidad no tanto por definiciones, postulados o dogmas, sino por relaciones, vínculos y acogimiento. Es el encuentro personal lo que da identidad a la Iglesia, no una

“satisfecha”, bien abastecida, instalada, ahogada en su propio ombliguismo, “enferma y no accidentada”, como nos decía Francisco.

Jesús está golpeando para abrir las puertas de la Iglesia, pero está golpeando desde adentro, citando otra vez al Papa. ¡Es hora de abrir las puertas y salir al encuentro de esa realidad humana desesperanzada!

Tenemos que ampliar los límites de nuestra Iglesia, ser más inclusiva, acoger a todos, sin distinción, sin currículum, sin discriminación; ser una Iglesia de la esperanza, de las periferias, que pone a Cristo al centro; Iglesia mártir que sale de sí misma para encontrarse con Jesús no dónde ella cree que está, sino donde el mismo Cristo pide que estemos hoy.

Para ser esta Iglesia que sale al encuentro del otro, empecemos por reconocer al Cristo que ya ha salido a mi encuentro; reconozcamos lo que Dios ha hecho en mí, en cada uno de nosotros; descubramos lo que Él ha forjado en mí: mi casa, mi familia, mi salud, mi trabajo, mi mundo de vinculaciones y agradezcámoslo. Es el primer paso para salir: saber lo que tengo para ofrecer, lo rico que soy y que puede enriquecer a los demás y no necesariamente estamos hablando de bienes materiales.

**Haz una lista de todo lo que quieres agradecerle al Señor: personas, situaciones, acontecimientos, etc. Hazlo como una carta que podrás leer después al Señor, en algún momento de oración o misa online o meditación hecha en casa.**

La gratitud hace que el corazón se llene de esperanza, la misma que tendremos que llevar a los demás como un puente, para empezar a retomar nuestras relaciones y vínculos, en este nuevo tiempo que empezaremos a vivir.